

4-30-2011

La frontera como sistema simbólico en la literatura mexicana contemporánea

Perla Ábrego

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Ábrego, Perla. 2011. La frontera como sistema simbólico en la literatura mexicana contemporánea.

Revista Surco Sur, Vol. 2: Iss. 3, 47-52.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.3.13>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss3/15>

This NUESTRA AMÉRICA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in *Revista Surco Sur* by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

La frontera como sistema simbólico en la literatura mexicana contemporánea

por Perla Ábrego

© Getty Images *

La frontera que divide México de los Estados Unidos ha sido una vía para interpretar y definir las relaciones sociales, políticas, económicas y culturales entre ambos países. Tanto para los distintos grupos que la habitan como para aquellos sujetos que la cruzan y se enfrentan a distintos modos de vida, lenguajes y culturas, la frontera se ha vuelto una convención que organiza su pensamiento y expresión. Ésta adquiere distinta significación dependiendo del particular sentido y razón que los grupos sociales le dan a la geografía, la política y la historia que permitieron tanto la creación del territorio como su posterior división. Así es como, desde su propia perspectiva y posición, los grupos sociales traman su lógica y sentido común en relación a ella; por tanto, la frontera

es un sistema simbólico pues participa en la interpretación de determinados aspectos de la realidad.

Según Antonio Paoli, todo sistema simbólico tiene una finalidad. Para poder lograrla, las organizaciones sociales crean normas que dan paso a una ética, a “un contexto de legitimidad en donde es posible aplicarlas” (34). La frontera como contexto legítimo, como un todo genuino y verdadero, es un término muy ambiguo considerando que para los Estados Unidos ésta significa triunfo, avance imperial; mientras que para México representa una herida a la dignidad nacional, una mutilación territorial. La primera pregunta que surge de este escenario es quién tiene el derecho de legitimar la frontera y de crear una ética alrededor de ella. Este derecho se ha adquirido por el poder, por la dominación que unos grupos han logrado ejercer sobre otras perspectivas, lógicas y significaciones, y la manera en que han difundido sus ideales. Un buen ejercicio del poder a través de efectivos medios de producción y difusión permite no sólo la legitimación de cualquier espacio y concepto sino la institucionalización de ese discurso, de la ética correspondiente.

En la frontera México-
Estados Unidos, la
comunidad



mexicano-americana ha logrado legitimar el espacio como elemento fundamental en la conformación de su lógica, sentido común e identidad. Desde el punto de vista chicano, la frontera juega un papel esencial en los procesos migratorios y de diáspora y para la conformación de las identidades culturales que devienen de dichos procesos. Basados en su propia experiencia, la frontera para la comunidad mexicano-americana está estrechamente ligada con el cruce permanente de la línea divisoria. De este cruce surge una idea de frontera que se vuelve un concepto cultural, “una abstracción”, “una metáfora” (Tabuenca Córdoba, 86) que resulta de la vivencia bicultural o multicultural que un movimiento migratorio trae consigo. Esta idea se ha alimentado de discursos producidos y ampliamente difundidos en el terreno intelectual estadounidense en donde aquellos considerados como de las minorías tienen mayor relevancia y trascendencia. Uno de ellos es el desarrollado por Gloria Anzaldúa en su libro *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. El espacio fronterizo que Anzaldúa expone, localizado geográficamente en la frontera entre Texas y México, trasciende la cuestión física para manifestarse allí donde dos o más culturas, o personas de diferentes razas ocupan el mismo territorio. La frontera geográfica de Anzaldúa es límite político y cultural, es un cruce no forzoso sino voluntario que tiene consecuencias legales

y repercusiones de rechazo social, racial y cultural. Su frontera metafórica, por otro lado, es aquella que brota de la herida provocada por el roce entre los dos mundos. Encuentro que se produce en un tercer espacio.

Para legitimar su idea de frontera, Anzaldúa se apoya en algunos postulados de la teoría poscolonial, entre ellos el concepto mismo de “tercer espacio”, desarrollado por Homi K. Bhabha. El tercer espacio de Bhabha es un una combinación de espacios de poder y dominio que crean un lugar simbólico e intelectual, que no es físico, en donde se organizan las condiciones de enunciación que ponen en entredicho la estabilidad de los símbolos de la cultura, entre ellos el territorio, el límite y la frontera, pues éstos son “rehistorizados y vueltos a leer” (Bhabha, *El lugar*, 58). Así pues, la frontera de Anzaldúa vista como el tercer espacio de Bhabha es un lugar de creación y producción en el cual se reúnen condiciones que se “rehistorizan” y se legitiman como fronteras. Una de ellas y la más importante es el cruce físico del límite que conlleva en los sujetos que efectúan estos pasajes una apropiación de nuevos valores que se mezclan con los originales. Para la conformación del tercer espacio que es la frontera de Anzaldúa, la crítica necesita de la tradición¹ como elemento unificador de un grupo social marginalizado. Así pues, la cultura de frontera que Anzaldúa propone es el resultado de la conjugación de dos mundos en uno solo:

The U.S.-Mexican border es una herida abierta where the Third World grates against the first and bleeds. And before a scab forms it hemorrhages again, the lifeblood of two worlds merging to form a third-country a border culture. (25)

Anzaldúa va a llamar “tercer país” al lugar en donde se lleva a cabo una rehistorización de símbolos culturales que son el producto de otro tiempo y de otro espacio. A través de esta reterritorialización muy particular (pues no todos los grupos sociales fronterizos tienen que recurrir a ella) es como la comunidad chicana busca su inserción como grupo social en el territorio estadounidense.

Considerando las cuestiones de mezcla e intercambio de valores, culturas y lenguas tanto la teoría poscolonial, a través de conceptos como tercer espacio e hibridación,² como la teoría posmoderna en manos de, principalmente, Néstor García Canclini, proponen la frontera como el paradigma de la posmodernidad, como el espacio posmoderno por excelencia. Las grandes urbes fronterizas, según García Canclini, son espacios favorables para procesos de hibridación gracias a la presencia de diversas culturas, lenguas y expresiones tecnológicas. Para el crítico, la hibridación en estos espacios es propiciada por la transnacionalización de los capitales y las dinámicas económicas y culturales. La transnacionalización y, por consiguiente, la hibridación, según observa García Canclini,

clausuran la pretensión de establecer identidades “puras” o “auténticas”. Es decir, la identidad híbrida siempre es una mezcla de diversos elementos de distinto origen. El crítico utiliza la ciudad de Tijuana como ejemplo de la hibridación que sucede actualmente gracias a los procesos de globalización. Para él, Tijuana es el laboratorio de la posmodernidad,³ una ciudad multicultural, plural, “en donde el inglés y el español predominan y coexisten ‘naturalmente’” (298). Las principales críticas a las ideas de García Canclini respecto de la hibridación en la frontera México-Estados Unidos vienen de la sociología, la etnografía y la geografía cultural. El sociólogo Gilberto Giménez, por ejemplo, considera que observar la frontera como espacio cultural híbrido le quita al sujeto y al espacio mismo su pertenencia al territorio, es decir, los convierte en elementos imaginados (26). Giménez alega que los individuos que llevan a cabo procesos de migración son multiculturales y no híbridos, pues mantienen múltiples contactos entre diferentes culturas, sin que ello aplique la alteración sustancial de su identidad (27). En el mismo orden de ideas, para el etnógrafo Pablo Vila la construcción teórica de la frontera como tercer espacio es “una iniciativa norteamericana” (107), que ignora otras visiones que surgen en el mismo espacio provenientes de diferentes maneras de apreciar los procesos sociales e históricos del territorio.



A pesar de las críticas y los estudios que en los últimos años se han realizado sobre la frontera México-Estados Unidos en ambos países, la teoría de la frontera anglosajona y chicana se ha convertido en el único discurso legítimo. Paradójicamente, esta teoría tiene el cariz de los discursos de poder y se convierte en una especie de aparato colonial. La teoría de la frontera alentada por los estudios chicanos ha contribuido a la creación de una frontera vista exclusivamente como espacio de una nueva producción cultural y de un nuevo mestizaje. Se crea así un concepto que se define primordialmente a partir de procesos de migración y experiencias de diáspora los cuales suscitan situaciones axiomáticas como multiculturalismo, desterritorialización (de lengua y cultura), bilingüismo, hibridación, crisis de identidad, represión, asimilación y resistencia. La teoría de frontera es entonces un conjunto de actos narrados según el sistema simbólico que la frontera representa para la comunidad chicana. Los recursos que se manejan y las consecuencias ideológicas que implican hacen ver a estos sujetos como los únicos productores del tiempo y articuladores del espacio fronterizo.



Paralelamente, con menos recursos de producción y difusión, a principios de los años ochenta surgen en el norte mexicano textos en los cuales la frontera se observa como un espacio de distinciones sociales, históricas, geográficas, políticas y culturales, que se comprende también como lugar de fusión y mezcla, del cual se desprenden diversas expresiones simbólicas que son producto de las relaciones que establecen dichas distinciones. Bajo estas condiciones particulares, en México se crea una noción de frontera que, a pesar de la permanencia física, estabilidad y reforzamiento (legislativo, militar y social) del límite geopolítico, oscila entre la emoción, la razón, la memoria, la rutina, el deseo y el orden simbólico, y define a los sujetos que la habitan, la cruzan, la sufren, la reconocen en la vida cotidiana o la llevan a cuentas como símbolo de identidad. Dichas características y funciones desestabilizan las políticas culturales tanto de Estados Unidos — incluyendo los estudios chicanos — como del centro mexicano, las cuales, conscientemente o no, han establecido y difundido estándares simbólicos que identifican la práctica social, cultural y artística en la frontera y han servido de punto de partida para su investigación desde diversas disciplinas.

Tanto en el espacio del norte mexicano como en sus textos, la frontera se advierte como límite geopolítico y como margen o periferia de una cultura e identidad nacionales. Aquí, no solamente las mismas situaciones axiomáticas que devienen del cruce toman un giro inesperado, sino que en el día a día se crean otras que ratifican un espacio y un concepto que está vivo y en constante

evolución. De lo anterior surge un discurso de frontera digno de ser estudiado como un poderoso dispositivo que aún en aras de la globalización participa activamente en la división social, cultural, política y religiosa, y en la distribución y aprovechamiento de los territorios.

Dentro de este movimiento literario se destacan autores como David Toscana, Eduardo Antonio Parra, Patricia Laurent Kullick y Regina Swain, en la ciudad de Monterrey; Élmer Mendoza en Culiacán, Luis Humberto Crosthwaite, Rosina Conde, Heriberto Yépez, Rafa Saavedra y Federico Campbell, en Tijuana; Rosario Sanmiguel en Ciudad Juárez; Eve Gil en Hermosillo; Cristina Rivera Garza en Matamoros; Gabriel Trujillo Muñoz en Mexicali y Francisco José Amparán en Torreón, entre otros. En los textos de estos escritores, en los que está presente la frontera, ésta es principalmente la condición de la enunciación narrativa, el lugar desde donde se articula el discurso literario. La literatura de la frontera norte mexicana es, en palabras del crítico Humberto Félix Berúmen:

una unidad estructurada y organizada históricamente que posee sus propias redes de producción, distribución, consumo y valoración crítica [y que mantiene al mismo tiempo] relaciones de subordinación y conflicto con el sistema literario nacional. (37)

La visión de frontera que se desarrolla en el terreno literario mexicano parte de una perspectiva “en concreto”, no “en abstracto”, de las distinciones antes mencionadas que se conforman a partir de la historia del territorio y de las relaciones cotidianas de sus habitantes, y de las relaciones también cotidianas que se mantienen con el otro lado a través del cruce transitorio y, muchas veces, rutinario del la línea divisoria. De estas relaciones surgen imaginarios a través de los cuales se percibe y se representa el espacio y el tiempo de la cultura de la región. La frontera entonces se convierte en un sistema simbólico, en un contexto de legitimidad en donde se conforma una ética propia.

A pesar de que ha sido un discurso dominado por la teoría con mayores posibilidades de producción y difusión, en los últimos años y dada su mayor circulación a nivel nacional e internacional, la literatura de la frontera norte mexicana ha logrado desestabilizar el concepto instituido por políticas culturales dominantes. Al ofrecer a través de los textos las particulares concepciones de la realidad fronteriza, esta literatura aporta nuevos enfoques fundamentales

para sustentar una teoría de la frontera que debería ser una vía para mostrar y promover un diálogo transcultural entre los discursos que han alcanzado poder y aquellos que han sido ignorados. Por otro lado, en el ámbito literario participa con una escritura con significativas aportaciones temáticas, estilísticas y lingüísticas que caracteriza la literatura nacional del cambio de siglo.

Los imaginarios que la frontera norte mexicana como sistema simbólico genera son coherentes con un concepto surgido de una particular geografía e historia y que, como dice Paoli, depende del “ámbito específico de la psique o de la sociedad” (37) en que se expresa. A partir de ahí se producen conductas, ideales, valores, gustos y apreciaciones que se exploran y se manifiestan en el terreno de la ficción. Este movimiento artístico actúa tanto en el campo literario como en el teórico como una vía para examinar y comprender las problemáticas sociales, económicas y políticas del mundo moderno, pues éstas actúan como ámbitos de sentido, es decir, contextos de enunciación. La frontera en la literatura mexicana contemporánea se vuelve diversos contextos de enunciación que dan cuenta de una realidad fronteriza no como ambiente totalizador sino que depende de las interacciones cotidianas de los sujetos, las cuales obedecen a experiencias, posición social, pasado histórico y localización geográfica.

Sin duda, la frontera juega un papel importante en el subconsciente colectivo del norte de México y su literatura siempre en función de su permanencia y cotidianeidad, de su historia, de su labor de defensa y ofensa de la nación a la que pertenece, de su papel de límite y margen, y de su importancia económica y cultural tanto en el ámbito regional y nacional como en el marco de la globalización.

Notas

1. Tradición que es sacada de contexto, es decir, no obedece a un proceso lineal en tiempo y espacio, no es producto de la evolución de una sociedad a través del espacio y de la historia.
2. La hibridación, según define Bhabha, posibilita el surgimiento de otras posiciones de poder, pues “produce algo diferente, algo nuevo e irreconocible, una nueva era de negociación de significado y representación” (*Third Space*, 211).



3. Recientemente, en el 2008, García Canclini aceptó que Tijuana había dejado de ser un “laboratorio posmoderno” y que se había convertido, quizá, “en un laboratorio de la desintegración social y política de México como consecuencia de una ingobernabilidad cultivada” (García Canclini en entrevista con Fiamma Montezemolo).

Bibliografía

- Anzaldúa, Gloria. *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute, 1987.
- Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*. César Aira (trad.). Buenos Aires: Manantial, 2002.
- _____. “The Third Space.” *Identity, Community, Culture, Difference*. Jonathan Rutherford (ed.) London: Lawrence and Wishart Ed., 1990: 207-221.
- Félix Berúmen, Humberto. *La frontera en el centro. Ensayos sobre literatura*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, 2005.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, D.F: Grijalbo, 1989.
- Giménez, Gilberto. “La frontera norte como representación y referente cultural en México”. *Cultura y Representaciones Sociales* 2.3 (2007): 17-34.
- Montezemolo, Fiamma. “Cómo dejó de ser Tijuana laboratorio de la posmodernidad. Diálogo con Néstor García Canclini”. <http://nestorgarciacanclini.net/hibridacion-e-interculturalidad/69-entrevista-montezemolo-fiamma>. 25 de Enero de 2011.
- Paoli, Antonio. “Los sistemas simbólicos y sus contextos de enunciación”. *Comunicación y Sociedad* 18-19. (1993): 33-46.
- Tabuenca Córdoba, María Socorro. “Aproximaciones críticas sobre las literaturas de las fronteras.” *Frontera Norte* 9.18 (1997): 85-110.
- Vila, Pablo. “La teoría de frontera versión norteamericana. Una crítica desde la etnografía”. *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Alejandro Grimson (comp.). Buenos Aires: Ediciones Ciccus La Crujía, 2000: 99-120.